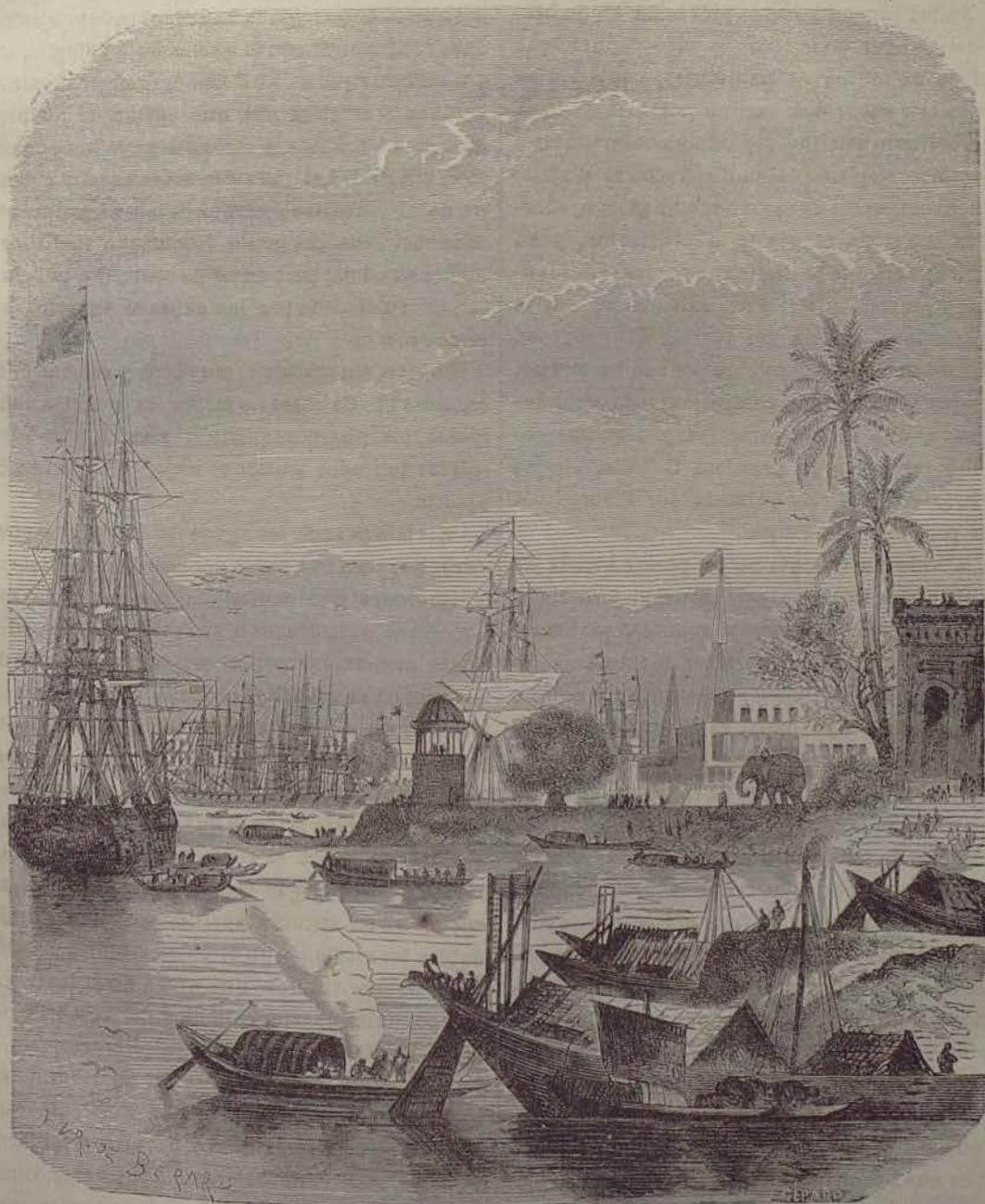


SEMANARIO FAMILIAR PINTORESCO.

SUMARIO: La vida en Calcuta, por *P. Chevalier*.—**GALERIA DE CELEBRIDADES:** Carlos Gounod, por *F. Nocente*. (Conclusión).—Expedición al centro de la Florida. El Okichobí, por *H. de la Blanchère*.—Modas.—Borgoñon en Egipto, por *A. Mery*.—Edgar Poe y sus obras, por *J. Verne*.—Ana Severin,

por *M. Craven*.—**JARDINERÍA DE SALÓN.** Luz.—**CIENCIA FAMILIAR.** Lluvia y buen tiempo, por *A. Mangin*.—**SECRETOS DE TOCADOR:** Aceite para impedir que se vuelva rancia ninguna pomada.—**GRABADOS:** Calcuta. Modas: Trajes para baño. Calle de Abassich en el Cairo. Carta de las corrientes aéreas.



CALCUTA.

LA VIDA EN CALCUTA,

POR

P. CHEVALIER.

Calcuta es la capital, no tan solo de la presidencia gubernativa de este nombre, sino de todas las posesiones inglesas de la India. Allí se concentran y resumen los elementos de la pujanza británica en Asia.

Ciudad inmensa, cuyos piés baña en un brazo del Ganges, no lejos de la embocadura, con mas de un millon de habitantes, contando los arrabales ó suburbios; con un puerto magnífico, cuya selva de mástiles reproducimos en nuestro *Semanario*, copiada del natural; con el distrito blanco compuesto de casas de estilo griego, adornadas con todo el lujo de la civilizacion, y su distrito negro que se distingue por las calles fangosas y demas miserias del salvajismo; con la imponente ciudadela del fuerte William; con la Sociedad asiática, célebre por sus memorias, trabajos y numerosos colegas; un comercio floreciente, una industria activa y riquezas colosales: tal es hoy la populosa Calcuta, simple Villorio en 1717, conquistada por los ingleses hace poco mas de un siglo.

La vida en Calcuta no se parece á nada de cuanto ofrece Europa al estudio del viajero. Hombres y mujeres, insectos y reptiles, plantas y animales, todo tiene un carácter de estrañeza. No se habitua uno fácilmente á las costumbres que allí dominan, cuyo móvil es la indolencia. Allí nadie se sirve de sus fuerzas; no se anda, se hace uno llevar. Para animales de carga se tiene los esclavos, y para instrumentos de locomocion, palanquines de seda que se mueven pesadamente á través de las plazas y calles. A esos hombres convertidos en brutos les falta el instinto de conservacion, pues encargados de llevar y traer objetos de una parte á otra, no toman en consideracion ningun obstáculo; aunque en ello les vaya la vida.

Cuando no se conoce este país singular, se mira como exorbitante el salario que disfrutan los oficiales ingleses que sirven allí; pero la verdad es que apenas basta para subvenir á sus necesidades. Un simple capitán está obligado á mantener y albergar por lo menos cien criados. ¡Si ese enjambre de esclavos sirviese de algo! ¡pero no, no sirve de nada! Los ocho porta-palan-

quines se están con los brazos cruzados en la antesala; como los demás criados confían unos con otros resulta que jamás se los encuentra á la mano para algun servicio. Se necesita, por ejemplo, al rapa barbas, y se presenta el cocinero, porque el barbero duerme la siesta ó ha salido á paseo. Necesitais un indio para almohazar el caballo, otro para pensarlo, otro para llevarlo al abrevadero, otro para embridarlo, y luego siguen el que le quita el barro, el que limpia los estribos y espuelas, el peluquero que ocupa un cargo distinto del que os desarregla la barba, el bañero que no debe confundirse con el que os frota y depila, los dos esclavos que os abanicán y refrescan por la mañana, los otros dos que agitan el abanico mientras almorzais, y otros dos en la hora de comer, sin contar el que agita sobre vuestra cabeza un dosel movedizo y el que os abanica durante la noche. Toda esa gente desempeña malísimamente su oficio; pero vuestros conocidos os señalarian con el dedo por las calles si tuvieseis un criado menos.

Se vive, sin embargo, muy bien y se tiene buena mesa en Calcuta: no faltan las comidas deliciosas, los platos esquisitos; pero sí falta á todos los delicados guisos el mejor condimento: el apetito.

El cielo es azul, las aguas del Hongly transparentes, pero habitadas por cocodrilos, culebras y tiburones que ocultan la muerte; cada dia sucumben sacrificadas algunas irreflexivas víctimas arrastradas por la costumbre popular de bañarse en aquel sitio fatal. Los monstruos que pululan por el Hongly están tan habituados á la carne humana, que desdeñan la de los animales. Echad allí un perro ó un caballo, y uno y otro podrán nadar sin peligro; en tanto que un ser racional que tenga el capricho de buscar en el mortífero rio refugio contra el ardor del sol, se encuentra en seguida aprisionado en los formidables brazos de algun aligotor, ó en las mandíbulas de un tiburón que van á despedazar su cuerpo, mientras los colmillos del cocodrilo le arrancan despojos todavía palpitantes.

Insufribles son los rigores del sol durante las horas de mayor calor. Cuéntase como cosa corriente que algunas veces se ha visto á millares de peces, salidos del calor del agua, caer como abundante lluvia, bastante asados ya para servirlos en la mesa.

Pero en las t'bias horas de la mañana y de la noche Calcuta se anima con el cuadro de una po-

blacion variada, rica y pintoresca. Ya se ven damas de la aristocracia inglesa montadas sobre elefantes, ricamente enjaezados; ya oficiales con brillante séquito y uniforme deslumbrante; ora jefes de las tribus circundantes montados en caprichosos palafrenes y armados de piés á cabeza; ora *babús* indios con el símbolo de su casta impreso en la frente, y *hakris*, carretas tiradas por bueyes; mercaderes extranjeros cabalgando en camellos; *sikhs* con luenga barba negra; afganes con sus ojos traidores y brillantes; persas graves como las máximas del Sandi; luego los indígenas en trajes enteramente blancos con gorras y bandas de color carmesí, azul, verde, amarillo, rojo, adornadas con profusion de galones de oro; mercaderes con las piernas cruzadas delante de sus tiendas, y arriba, en los balcones, á las bayaderas, únicas mujeres indias que van á cara descubierta, tan ricamente vestidas que atraen las miradas de la muchedumbre.

Para encontrar monumentos en la presidencia de Calcuta es preciso remontarnos á los antiguos palacios del famoso rey Akbar, quien tentó por principio que uno se enriquece gastando. He aquí como había llegado á profesar tal sistema.

Cierta dia Akbar y su ministro el rajá Beer Bul se hallaban sentados delante del *tajmahal* hablando: Dijo el rey al rajá:

—¿Qué harías tú si te sucediera una gran desgracia?

—Señor, me entregaría á toda clase de placeres y regocijos.

—¿Cómo! ¿á pesar de tus pesares?

—Precisamente á causa de mis pesares,—replicó el rajá.

Al día siguiente Akbar entregó á Beer Bul un rubí que valía varios millones de duros, diciéndole:

—Guárdame este rubí para devolvérmelo cuando te lo pida.

El rajá se fué á su casa y dió á guardar la joya á su hija, que lo encerró en una cajita de triple cerradura.

Entonces Akbar mandó que le presentaran uno de los ladrones mas famosos de la ciudad, sentenciado á muerte, al cual prometió la vida si lograba robar secretamente el rubí.

Aceptó el ladron como era de suponer, y poniéndose en busca, halló una mujercita vieja, muy astuta y sagaz en malas obras, que le era sumamente adicta, y á la cual esplicó lo que deseaba de su habilidad. La vieja se disfrazó y supo

ingeniarse de modo que la hija del rajá la tomase por criada. Pronto se ganó la confianza absoluta de su jóven ama que le enseñó la preciosa cajita. No tardaron en quedar fabricadas llaves falsas, y por fin, pasó la joya de manos de la vieja ladina á las del ladron, que la entregó al rey Akbar. Este la arrojó en seguida al rio Fumma que corría al pié de sus balcones, y mandó llamar á Beer Bul, á quien pidió la devolucion del rubí. Hasta entonces no supo este que le habían robado la rica piedra; fué á casa de su señor y le dijo:

—Señor, dentro de quince dias tendreis el rubí.

—Tu cabeza me responde de tu fidelidad,—replicó el monarca.

Beer Bul se volvió á su casa, y dijo á su hija:

—No tenemos mas que quince dias de vida: alegrémonos y divertámonos.

Y comenzaron en aquella casa las orgías y saraos, las fiestas y esplendores, en los cuales se agotó toda la fortuna del rajá, de suerte que á los trece dias no le quedaba dinero con que comprar un pedazo de pan. Al día siguiente, la hija de un pescador, que tenía mucho cariño al ministro y á su familia, dijo á su padre:

—El rajá completamente arruinado, no ha comido nada ayer ni hoy: dejadme llevarle un pescado para que se desayune.

El regalo fué aceptado con satisfaccion, cocido cuidadosamente, y servido en familia. Pero al comerlo sintió Beer Bul alguna cosa dura entre los dientes... ¡Era el rubí robado por la vieja, arrojado al Fumma y llevado á su casa dentro del pescado! El rajá lo trajo en seguida al rey á quien contó lo que había sucedido. Maravillado Akbar, conoció la bondad del sistema de su ministro, le dió muchos sacos de dinero, y de allí en adelante, á ejemplo suyo, consagró todas sus riquezas á fabricar palacios y dar en ellos fiestas toda su vida...

Tal es, segun las tradiciones indias, el origen de los monumentos espléndidos que adornan los territorios de Calcuta, Agra, Delhi y Lucknow.

En Calcuta los principales negocios consisten en el comercio. Es el emporio central donde los tesoros del país se truecan con los productos de Europa. Allí se elevan ó derrumban las fortunas de un mes á otro, á través de peripecias y rarezas, que podrán juzgarse por la aventura del héroe de Counettant, en su curioso relato: *Lo que hacen los indios de las obleas.*

Benedicto***, se había enriquecido y arruinado veinte veces en América y Asia, cuando llegó sin un cuarto á Calcuta, y se dirigió á un israelita que conocía á su familia en Europa. El judío le propuso favorecerle con dos mil duros de mercancías, firmándole una letra de cinco mil, insinuándole la idea de trasladarse á la feria mayor india que se celebraba dentro de poco en el valle de F...

El flamante mercader,—dice el viajero,—aceptó el ofrecimiento del judío como un ahogado acepta una barra ardiendo, y firmó la letra de cinco mil duros. Pero al leer la factura de las mercancías, Benedicto se quedó pasmado de ver una partida de quinientas pesetas por obleas.

Fuerza era resignarse so pena de renunciar á la tabla de salvacion.

Benedicto se puso en marcha con sus mercancías acarreadas por mulos.

El viaje fué afortunado, y Benedicto se instaló en el valle de F... desde el primer día de la feria.

El primer indio que abrió una caja de obleas las examinó largo tiempo con una especie de asombro y admiración. Cerró en seguida la caja con toda precaucion, se la guardó, y sin preguntar el precio, la pagó sacando de una larga bolsa de cuero dos buenas pulgaradas de polvo de oro, que entregó á Benedicto. Era pagarle cien veces el valor de aquella mercancía.

Otro indio se acercó á la tienda, mostrándose no menos interesado que el primero en adquirir otra caja de obleas.

A este siguió muy luego otro, y luego otro y otro, de manera que pronto se formó cola delante de la tienda al terminarse el día.

Creía Benedicto estar soñando, y no acertaba á esplicarse el vivo entusiasmo de los indios por las obleas. Pero se aseguró de que estaba bien despierto contemplando el polvo metálico que deslumbraba sus ojos.

El segundo día de la feria acudieron en masa los indios delante de la barraca del estopefacto europeo, que fijó el precio de cada caja de obleas en seis pulgaradas de oro.

Tan exorbitante precio no entibió el afan de los indígenas, que al tercero día invadieron la tienda. Benedicto elevó el precio á doce pulgaradas de oro en vez de seis, y luego durante el curso del día á veinte y cinco, y despues á sesenta. Todas las obleas fueron vendidas, y aun dejó descontentos á varios indios.

Esta vez Benedicto volvía á ser rico como nunca.

En una circunstancia anterior, en los Estados-Unidos, lo había salvado una cantidad de pitos que se le disputaban los compradores, en tanto que tenía por valor de cien mil pesetas de artículos muy hermosos que no había podido vender á ningun precio. Las obleas le proporcionaban una fortuna en Calcuta, sin haber encontrado quien le comprase por valor de un duro de los demás géneros que vendía.

Benedicto halló la clave de este enigma aquella misma noche al terminarse la feria, viendo á los indígenas con el cuerpo cubierto de obleas, que se habían pegado coquetonamente á la piel. Los mas moderados no las llevaban mas que en la nariz, la frente, las mejillas y barba; pero los mas elegantes ó presuntuosos las lucían de piés á cabeza por detrás y por delante. Con tan extraordinario vestido se entregaron á la mas desenfadada danza que patentizaba la falta completa de guardias municipales en las posesiones inglesas.

Pero si es difícil hacer fortuna en Calcuta, aun es mas difícil conservar las riquezas que en ella se han adquirido. Benedicto quiso aumentar su caudal y especuló en azúcares. La operacion era racional, útil y perfectamente combinada; mas por eso mismo debía fracasar, y como lo dijeron maliciosos burlones, los azúcares llenaron de amargura á Benedicto.

Nuestro comerciante,—termina el biógrafo,—murió en la indigencia en Nueva-York. ¡Echemos sobre su tumba algunas obleas!

Si estos relatos no os dan ganas de ir á Calcuta, nosotros renunciarnos tambien á tal escursion, á pesar de las maravillas que de ella nos pintan los artistas.

(Traduccion de F. Nacente.)

CÁRLOS GOUNOD.

(Conclusion.)

Gounod ha compuesto muchos libros de melodías, y gran número de piezas de música de salon para una ó dos voces; infinidad de coros y varios trozos para piano, sin contar otros trabajos mas graves como óperas, entre ellas el *Polieucte* en cinco actos, poemas, cantatas, etc., etc.

Gounod, que á la vez que músico es buen lite-

rato, publicó en el *Mencitre* una serie de artículos referentes á la direccion de orquesta, en los que pide para el compositor el derecho de dirigir sus obras, sin que el director de orquesta vea en ello nada atentatorio á sus prerogativas.

Terminemos ahora con los primeros y últimos párrafos de una carta que el compositor escribió al crítico Oscar Comettant, de quien hemos tomado las noticias que acabamos de dar á nuestros lectores, y admiraremos á Gounod bajo otro punto de vista, que nos dará á comprender cuán á fondo conoce la teoría en el difícil arte de que es maestro:

«Señor Oscar Comettant.

»Londres 6 de mayo de 1874.

»Querido amigo: Con sumo placer he leído el artículo último de usted en el cual habla de la sinfonia con coros. Es quizás el artículo mas interesante que usted ha escrito. Le felicito cordialmente. Así me gusta oír hablar de Beethoven, de ese *Soberano*, grande como los Profetas.

»Tocante á esa obra inmortal, el número del 1.º de mayo pasado del periódico de música inglés *La Orquesta*, contiene un artículo titulado: *Rescoring Beethoven*. (Beethoven reorquestado.)

»Aunque estoy de acuerdo con el autor de dicho artículo en varias reflexiones que emite, ¿tendrá usted la bondad de permitirme algunas observaciones que tal vez no estan desprovistas de interés?

»No conozco la sinfonia con coros de Beethoven *segun Wagner*; no la conozco mas que conforme Beethoven, y confieso que me basta.

»He oído y leído mucho esa obra gigantesca, y nunca he notado al oirla ni al leerla, la necesidad de una sola correccion.

»Además, en principio rechazo, por mas Wagner que uno sea, y ni aun cuando fuese otro Beethoven (lo que sin duda no se verá como no se ha visto otro Dante ni otro Miguel Angel) que se arroge quien quier que fuere el derecho de corregir á los maestros. No se vuelve á dibujar ni se puede retocar lo que han trazado Rafael y Leonardo de Vinci.

»Porque á mas de ser este acto una prueba de gran desenfado, seria á la vez una calumbia, mezclando un pincel extraño al de los grandes y poderosos genios, que sabian lo que hacian y por qué lo hacian.

»... Sea lo que fuere, no retoquemos las obras de los grandes maestros: es un ejemplo de irreverencia y osadía pernicioso, en cuya pendiente no habria razon para detenerse. No pongamos las manos para enmendar lo trazado por las divinas de la raza privilegiada, cuyas nobles líneas, cuya severa estructura y majestuosa elegancia debe la posteridad contemplar sin velo ni disfraz ninguno, y tengamos presente que es mejor dejar á un gran maestro sus imperfecciones, si las tiene, que imponerle las nuestras.»

»Su afectísimo S. S.

»Q. B. S. M.

»CÁRLOS GOUNOD.»

Gounod casó con una hija del sabio pianista y compositor Zimmermann, de la cual ha tenido varios hijos.

Es miembro del Instituto desde muchos años.

En 1852 se le encargó la direccion del Orfeon de Paris, que dimitió en 1860 para poder entregarse mejor al arte que tanto domina.

Si por su talento y carácter Gounod es uno de los artistas que mas honran á su patria, por su bondad natural y por su carácter amable y complaciente es uno de los hombres mas simpáticos y queridos.

F. NACENTE.

EXPEDICION AL CENTRO DE LA FLORIDA.

EL OKICHOBÍ.

POR

H. DE LA BLANCHERE.

(Continuacion.)

CAPÍTULO VIII.

EL GRAN CIPRESAL.

Para quien no conozca el curioso vegetal que se llama el ciprés de la Florida, el aspecto del Gran Cipresal es extraño y sorprendente.

Imagínese una selva brotando del agua, pero una selva de tres bóvedas. Arriba, á cuarenta metros de elevacion, una verde capa de verdura sustentada por millares de columnas rojizas de madera olorosa; en la base de estas columnas

macizas un cruzamiento intrincado, inesplicable de raíces enormes semejantes á gigantescas cuelebras. A esto llaman los naturales del país las *rodillas del ciprés*.

Con los años estas enormes raíces que se hunden muy adentro del agua, se cubren de corcovas, rugosidades de aspecto sarnoso, excrecencias que toman proporciones desmedidas y formas fantásticas y diversas.

Mas abajo entre los pilares que forman aquellas estrañas raíces hundidas en el agua, se hallan verdaderas cavernas que procuran á los árboles asiento suficiente en un terreno tan movedizo.

Los troncos de los cipreses no tienen rama ninguna; en lo alto, al extremo de lo alto, una serie de chabascas se ostentan como las ballenas de un paraguas y llevan un follage delgado, tenue, fino, de un color verde y de aspecto tierno, contrastando con el oscuro colorido del cenagal, que estiende sus cloacas al extremo inferior de los árboles.

Este follage se ostenta á tanta altura, y ofrece una delicadeza tal, que no da sombra, y apenas es un velo que amortigua el rigor de un sol ardiente, tórrido.

Así es que entre las raíces, entre aquellas tierras pantanosas y sus infectas cloacas, reina un calor bochornoso, enervante, agobiador, y se aspiran perfumes tan fuertes y estraños que nada podría darnos cabal idea de ellos.

Al olor de madera podrida se une el hedor del fósforo, producido por los detritus, animales que desde miles de años se aglomeran en el fondo de las aguas entre las raíces huecas.

Sobre la vieja leña de ciprés se ostentan negruzcos líquenes, hongos musgosos de un hermoso color morado que tiñen las aguas en que caen de espléndido matiz de púrpura.

Por eso las aguas parecen pesadas y espesas, como puches de sustancias animales y farináceas.

De lo alto de los cipreses cuelgan en forma de largas guirnaldas destrozadas, enormes musgos plateados, que aquí parecen festones, girándulas, arañas ó arandelas del mas gracioso efecto, y allí representan las colosales mallas de una inmensa telaraña.

Al propio tiempo, mas abajo, varias plantas orquídeas, tales como el arpoñillo espinoso, añaden su fétido hedor al de la ciénaga, acercando á vuestro olfato sus flores violáceas, ó mejor, lívidas, parecidas á pequeñas cabezas de muerto.

Al pié de un ciprés gigantesco, sobre un monton de arena sólida, se hallan reunidos cuatro hombres y una mujer.

Sentado en la silla que acaba de quitar á su caballo, despues de atarlo á una raíz del ciprés, vemos á nuestro amigo don Julian del Meril, cuyo hermoso semblante austero no ha cambiado. Tan solo un ligero círculo amoratado que se estiende en derredor de sus ojos, indica las huellas de la fatiga y del cansancio; pero sus miradas brillan como siempre con penetrante y grave fulgor.

La energía se lee en todas las facciones del audaz explorador, y la elasticidad de sus miembros prueba que el terrible clima en que se halla, no ha podido cebarse en su fuerte y vigorosa naturaleza.

De un caballo de servicio cargado de utensilios de formas singulares, baja con calma una jóven india, fácil de reconocer por el color de su tez, en tanto que un colosal mulato, inmóvil y silencioso en su silla, gira sus redondos ojazos en torno suyo, y parece absolutamente desorientado.

Es ese individuo el señor Estigia, el hermano de leche de Julian.

Estigia es uno de esos naturales del desierto que obedecen sin raciocinar.

Algo detrás de él, tieso y envarado en su cabalgadura, como don Quijote, con quien no deja de tener puntos de semejanza, se ostenta arrogante Minecava, el caballero descoronado á quien hemos conocido por vez primera en San Agustín.

Por último, un jóven vivo, despabilado, baja del caballo, se quita la ropa, no quedándose puesto mas que sus altas botas y sus bragas de piel de gamuza, y se dispone á marchar de allí, despues de asegurarse de que su cabalgadura está bien atada junto á la de don Julian...

—Tobías,—le dice este:—hace ya tres horas que nos haces dar vueltas y revueltas por el cipresal, y no avanzamos un palmo de terreno. Has perdido el camino.

—Sí, señor; pero creo hallarlo pronto.

—Practica, pues, un reconocimiento mientras nosotros disponemos aquí nuestro campamento.

—Gracias, señor; aguarde usted, y no sienta temor alguno. Hallaré, como digo, el sendero que debemos seguir, y del cual no dudo estamos poco desviados.

—¡Anda con Dios! sé prudente y listo.

—No se impaciente usted, señor.

Y diciendo esto el indio, se alejó tranquilamente, internándose en el cenagal.

Minecava y Estigia echaron pié á tierra, y ambos ataron sus caballos á las raíces del ciprés; luego, yendo á sentarse, el primero recobró su flemma de indio, y el otro se abandonó á la pereza pecullar del negro... es decir, ambos permanecieron silenciosos, estáticos.

Entre tanto los pobladores de la selva habían vuelto á sentir la seguridad que acaso creyeran amenazada momentos antes, y se entregaban á sus tareas en derredor de los viajeros.

Las ratas congos eran abundantes en aquel paraje, y Julian, alzando el gatillo á su carabina, aguardó que se reuniesen en buen grupo para tumbar varios á la vez, pues esos animales tienen excelente carne, y las provisiones de boca no eran sobrado abundantes.

Abismado en sus reflexiones el *caballero descoronado*, inmóvil bajo el pañuelo arrollado que ocultaba su cráneo y le caía por un lado sobre el único ojo, parecía no poder ver nada, cuando de repente alargó la mano, tocó suavemente el brazo de Julian y le señaló con el dedo un ciprés que se alzaba sobre las ratas congos.

Julian alzó los ojos, y vió en el aire colgado de la cola un gran quinceajú, carnívoro, tamaño como la zorra, que acechaba la misma caza que nuestros amigos, esperando también que se reuniesen varias ratas para lanzarse sobre la manada y cazar lo menos un par. (1)

Un tiro de carabina le hizo caer; Minecava fué á cogerlo, y en un abrir y cerrar de manos lo destriparon, desollaron y envolvieron como un paquete en la silla.

En lontananza respondió otro disparo... y media hora mas tarde se presentaba de nuevo Tobías, que por fin había encontrado su camino.

Pocos instantes despues montaban todos los viajeros á caballo, y se continuaba la marcha; pero el camino era muy malo; despues de una torrentera se encontraba un barranco; despues de las hoyadas se veían aguazales; los caballos avanzaban con mucha dificultad, á veces con agua hasta los corvejones.

Por último, llegaron á un sendero algo más sólido, aunque destrozado por el paso de las fieras y de los toros de la pradera cercana. Algunos pa-

sos mas, y la caravana desembocaba en una sábana bajo los rayos de un espléndido sol poniente.

No habían advertido nuestros amigos que debajo de las últimas raíces huecas de un ciprés, se había desarrollado sigilosamente una *culebra de látigo*, (1) al oír los pasos de los caballos, y había tomado su pista deslizándose silenciosa y lentamente.

Tal es la costumbre de ese reptil singular que parece que los caballos lo atraen sin poderlo resistir.

Tan pronto como Julian sintió bajo los piés de su cabalgadura un terreno mas firme, apretó el paso á fin de tener tiempo, antes de anochecer, para buscar un buen paraje donde acampar.

¡Habían sido tan penosas las noches precedentes!

La culebra de látigo que se había arrastrado hasta entonces, empezó á correr á saltos para mantenerse al paso de los viajeros...

Estos notaron entonces la estraña compañía que tenían, y los caballos comenzaron á sentir miedo. Silbaba con tal vehemencia el reptil, que se le oía distintamente á pesar del retintin de las armas y el ruido de los arneses.

Los caballos aterrados emprendieron el galope...

Entonces, brillantes al reflejo del sol, resplandecieron las escamas verdes y doradas del reptil. Se arqueaba afianzándose en la cola, larga y desenrollada, formando mas de la mitad de su cuerpo,—un metro,—y daba saltos desordenados, lanzándose hasta la altura del pecho de los caballos...

El terror pánico se hizo, con tal motivo, indescriptible. Los nobles brutos relinchaban desviándose al otro lado, perdiendo la cabeza hasta que se desbocaron locos de pavora.

No obstante los esfuerzos de Julian, su caballo, mucho mejor que los otros, que era el preferido por la culebra de látigo y al que perseguía con su cabeza grande y aplastada, revolviendo sus enormes y fascinadores ojos, se lanzó des-pavorido por entre las espinosas malezas con desenfrenada celeridad... el reptil no pudo seguir....

Cada uno de los restantes ginetes se encontró separado igualmente de sus compañeros, y pronto don Julian del Meril se vió solo en medio de la selva.

El sol iba á ponerse, y sin crepúsculo, se hundía en los confines del horizonte.

(1) El quinceajú tiene el tamaño del gato comun: animal de aspecto feroz, de cabeza globulosa, ojos disformes y vagos, y de cuerpo pequeño. (El Traductor.)

(1) *Herpetodryas flagelliformis*.

(Se continuará.)

MODAS.

Primera figura.—Traje de franela blanca, compuesto de pantalon, falda y corpiño. Va adornado con trencilla de lana azul, y se abrocha con

botones.—Sombrero de paja blanca con trencilla igual á la del traje.

Segunda figura.—Blusa y pantalon de franela cruda y marron: la blusa va adornada con un pecho de franela marron, con conchas, volante y una

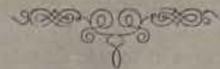


Trajes para baño.

banda marron. Gorra de hule transparente, adornada con cintas marron y conchas.

Tercera figura.—Pantalon de franela, azul oscuro, con puño; blusa de franela, tambien azul oscuro, con adornos claros, y cinturon azul oscuro. Sombrero de paja con cintas de lana azul.

Cuarta figura.—Traje de franela azul marino, con adornos de paño color de tierra. Pantalon y blusa con cuello á la marinera, y lazo al final del cuello. Sombrero con cintas azules.

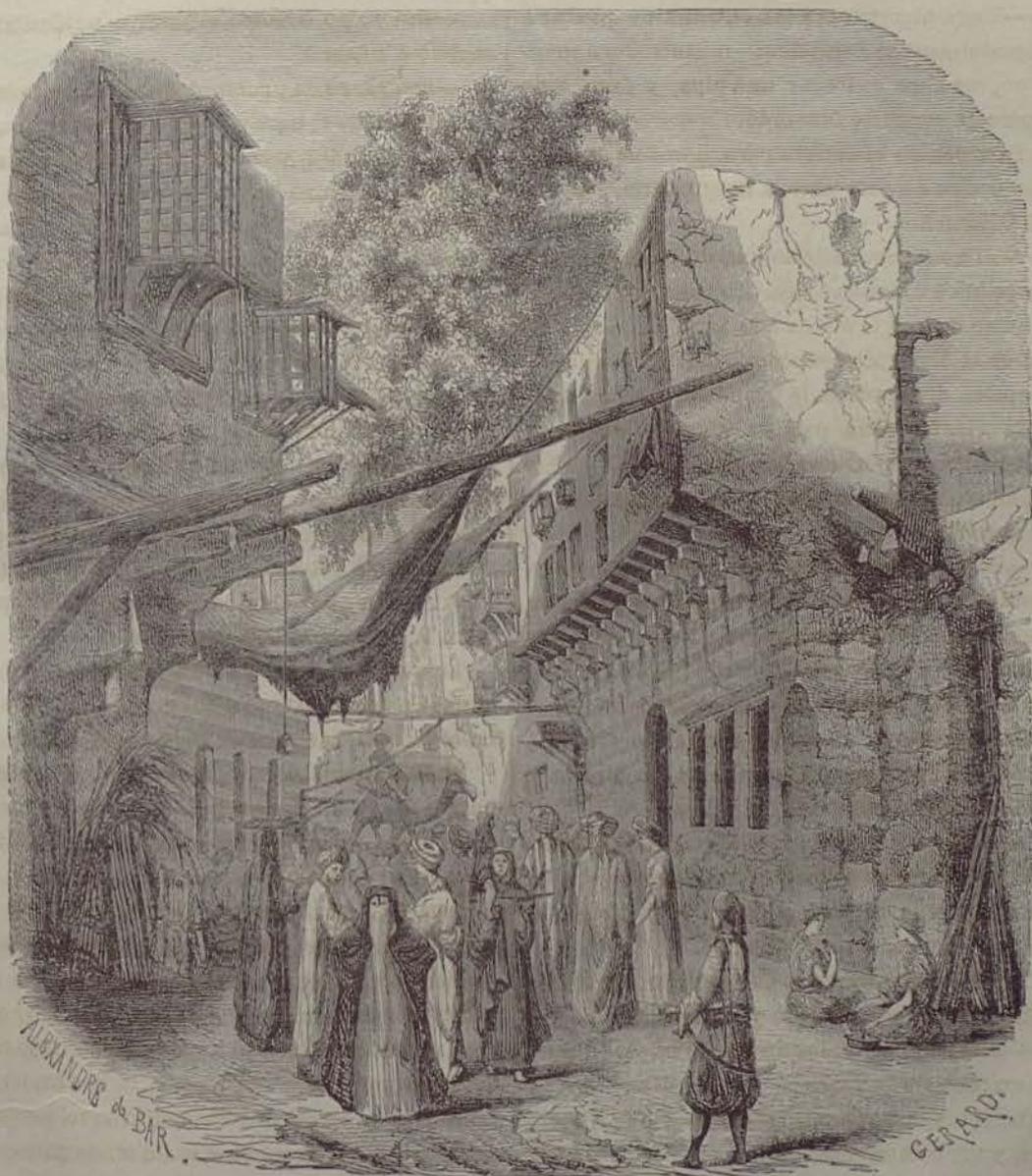


BORGÑOÑON EN EGIPTO.

POR

A. MERY.

(Continuacion.)



Calle de Abassich en el Cairo.

Detuviéronse delante de la mezquita del sultán Bibars, señalada de lejos por un soberbio minarete, y el esclavo dijo:

—Allí está la casa de mi amo Fazz-Edin.

La casa tenía exteriormente un aspecto bastante mezquino con sus paredes de argamasa y

ladrillos, y las dos jaulas en frente de ventana sin cristales, llamadas *mucharabíches*.

Fazz-Edin entró primero, según la costumbre de la urbanidad oriental, mas cortés que la nuestra, é introdujo el húsar de Berchigny en una salita del entresuelo, que si contenía pocos muebles,

no estaba desprovista del cómodo é indispensable diván.

El esclavo llenó dos pipas, echó una pastilla del serrallo en una cacerolita, aplicó una ascua encendida á los dos cubos de las pipas, y luego aguardó las órdenes de su amo, que le hizo señal de quedarse, y se sumergió en la silenciosa beatitud del *kieff*.

—Vaya una manera tan extraña de recibir á la gente!—pensó Borgoñon:—me introduce en un salon, me hace entregar una pipa, y toma todo el aire de dormirse fumando.

Interpelado el esclavo para dar una explicacion acerca de esta escena hospitalaria, respondió á Borgoñon:

—Mi amo tributa de este modo la mayor honra posible á un extranjero. Sin conocerlo, lo recibe en su casa y le ofrece una pipa de hospitalidad en el diván doméstico. Todo otro detalle de recepcion disminuiria la grandeza de esta cortesania oriental. Una palabra siquiera rebajaria la sencillez majestuosa de esta escena. Así lo practicaban los primitivos árabes en sus tiendas del desierto.

—Ehorabuena!—dijo Borgoñon—no me disgusta al fin y al cabo este mudo recibimiento; pues ya habia agotado yo todo mi caudal de lengua franca y de *bonos*. Fumando, hablando los dos la misma lengua, nos comprendemos.

Hizo el esclavo un signo afirmativo y miró á Fazz-Edin, para aguardar una orden nueva y obedecer con la prontitud del relámpago.

Este esclavo se habia ido convirtiendo en misterio para nuestro jóven húsar: se espresaba en francés de una manera alarmante, y dirigia la conversacion como un académico.

Tambien el esclavo se encargó de explicarse en pocos términos, tocante al particular.

—A la edad de nueve años,—dijo,—me prendió un corsario de Marsella, y pasé quince años en Francia; luego me prendió otro corsario de Alejandría, y me compró Fazz-Edin.

Esta explicacion satisfizo por completo al jóven.

Las exigencias del servicio arrancaron á Borgoñon de las delicias de aquella hospitalidad; levantóse, pues, tras el corto espacio de fumar una pipa, y se despidió de Fazz-Edin.

Pareció el turco salir de su éxtasis opiáceo, y le dijo:

—*Tu venir á Boulak, beber fresco.*

Hizo el húsar un esfuerzo para comprender, y

se volvió hácia el esclavo intérprete, que parafraseó de esta suerte el texto original:

—Mi amo invita á usted á comer en su jardín de Boulak, donde se bebe fresco.

—¿Para que día?—repuso Borgoñon.

—Para todos los dias,—dijo el esclavo.—En Oriente, al invitarse una vez, se invita para toda la vida.

—Mas yo no conozco el jardín, ni Boulak,—replicó el húsar.

—Boulak es la puerta del Cairo por la parte del Nilo,—dijo el esclavo.—Entre usted en Boulak por Sick-el-Jadid, y encontrará usted despues del minarete un añoso sicomoro que se estiende hácia una aldea. Es la entrada del jardín de mi venerable amo. No puede usted equivocarse.

En aquel momento un acuerdo de mandolina se dejó oír á traves de la pared ó tabique, y una voz dulce y melancólica, entonó una cantinela muy semejante á una de las monótonas, pero graciosas canciones de la baja Andalucía.

Este incidente determinó á Borgoñon á aceptar el convite de Boulak; se hizo dar pormenores mas precisos acerca del camino que debia seguir, y se apresuró á volver al cuartel para poder formar en la revista que debia pasar el general Bonaparte en la plaza de El Esbekié.

La quinta de recreo de Fazz-Edin se hallaba situada á corta distancia del paraje en que se ostentaba mas adelante el palacio de Boulak.

Nada anunciaba la opulencia en la modesta quinta del Nilo; pero se pasaban bien las ardorosas horas del sol y las veladas del estío. Véase estender el desierto al otro lado del Nilo con sus eternos ornatos, las pirámides.

El conjunto del cuadro era bastante triste al primer aspecto; pero la inmensidad de aquel desierto se halla poblada de tantos recuerdos, que la tristeza desaparecia insensiblemente bajo una aureola luminosa y vasta como el horizonte: se comprende y siente que es preciso aquella extension sin límites, aquel cuadro sin fondo para contener las maravillas del pasado.

Despues de la revista, el húsar Borgoñon se acercó respetuosamente al general Bonaparte, púsose la mano derecha de plano en la mejilla del mismo lado, y dijo:

—Mi general, pido permiso para ir á Boulak.

—Ve,—le dijo Bonaparte en tono amistoso, añadiendo en voz baja:—Ve y se prudente. El soldado aislado está en peligro.

Borgoñon se encogió levemente de hombros,

y se puso en marcha para Boulak, contoneándose con el donaire de un húsar de comedia.

Era un garboso mozo de veinte y cuatro años, de semblante distinguido; llevaba el traje con mucha gracia, y daba el tono y la moda al regimiento, en el cual no tenía mas que amigos.

Su divisa era esta: *Yo no sé sino obedecer*, y fiel á su divisa, se regaba despues de toda hazaña ó accion brillante, á admitir el menor ascenso ó distincion, circunstancia notable en una época en que bastaban tres batallas para elevar un soldado al grado de coronel.

Merced á las seguras indicaciones que se hiciera dar, halló sin dificultad la quinta Fazz-Edin, donde fué recibido con una hospitalidad verdaderamente patriarcal.

La cena, mejor que comida, se componia de un suculento *pilau* (1), un asado de carne, dátiles, tajadas de sandía y agua fresca muy bien filtrada. No parecia esta bebida muy grata al jóven; pero en la mesa de un turco era forzoso respetar la ley de Mahoma.

Servia el esclavo á los dos comensales, y traducía á su amo los chistes del húsar, y el buen turco se reía á veces con la traduccion, y parecia reir de confianza, como para probar que un francés es siempre divertido para los demás países.

Pasaron luego á tomar café en un kiosco á la orilla del Nilo, en tanto que anochecia y las estrellas se destacaban en medio de una bruma ardiente. Distinguíanse poco los objetos del rededor, y el esclavo parecia aguardar la órden de alumbrar el kiosco, bajando la lámpara del techo.

Un extraño silencio habia cundido de pronto, no oyéndose mas que el murmurio del Nilo y el monótono chillar del grillo.

El húsar se acordó entonces de la última frase del general Bonaparte, y se dijo en sus adentros: —He caido en una acechanza egipcia.

Sin embargo, siguió poniendo buen semblante, y se levantó pausadamente para ir á tomar su sable, que habia dejado con harta confianza, en el vestíbulo de la quinta.

En aquel preciso instante se abrió la puerta del kiosco, y una mujer turca, medio tapada con el velo, entró en el kiosco, haciendo un lijero movimiento de cabeza, y se sentó.

—Es la vanguardia del serrallo,—dijo el húsar en alta voz y como un hombre que habla delante de extranjeros, y por decirlo así, de sordos.

Pero dos carcajadas furibundas, que parecian interminables, hicieron estremecer el kiosco. El húsar permaneció confuso algunos momentos, y vencido por aquel contagio de desatada risa, tomó buena parte en el terceto, sin saber, empero, de que reía en medio de la acechanza epipcia.

—*Bono, franco, bono*,—dijo el turco á los últimos compases del terceto.

—Ah! ya volvemos á los *bonos*,—preguntó el húsar.—Mas si no comprenden ustedes lo que digo, ¿de que se rien?

A una señal del amo, el esclavo que no habia perdido la seriedad, dió esta esplicacion:

—Mi amo Fazz-Edin y su hija Fatmé, la Rosa del Fayun, se han reido de la sorpresa que usted ha mostrado al ver entrar una mujer; pero no han comprendido la *vanguardia del serrallo*.

—*Bono, bono*,—añadió el turco como un estribillo habitual.

Luego haciendo signo al esclavo, repuso:

—*Oriemma, kus machul, nien busabí*.

—Esto no es lengua franca,—dijo el húsar,—esto es turco de veras.

El esclavo se inclinó delante del húsar, y habló en estos términos:

—Mi venerado amo pregunta al animoso húsar si ocurre algo nuevo en Francia ó en París.

—¿Me toma acaso por un periódico tu señor amo?—dijo el húsar.

—Obedezco una órden,—observó el esclavo intérprete.

—Pues bien: dile que se ha guillotinado al último verdugo. Dios ha acabado por tener razon.

La jóven lanzó un grito de alegría, y el turco, tomando la mano del húsar y estrechándosela, exclamó en castizo francés:

—Bendito sea Dios!

Por de pronto el húsar que no habia vacilado nunca delante de la esplosion de toda una batería, dió un salto sobre el divan, y se quedó con la boca abierta. El esclavo se sentó al punto á la mesa, y se sirvió café.

—Pardiez!—exclamó el húsar levantándose;—no ha sido mala la chanza! Es para mí una desdicha que no pueda quedarme aquí mas tiempo. Los dias son tan cortos en este país! Oigo tocar la retreta, y es fuerza que me vaya al cuartel.

—Pero nos volveremos á ver pronto para hablar un poco de Francia,—dijo la fingida Fatmé, con uno de esos acentos parisienses mas suaves que las melodías del ruiseñor.

(1) Plato muy usado en otro tiempo entre las familias acomodadas de Turquía.

—Vaya si nos veremos!—exclamó el húsar.—
Obtengo permisos de paseo cuantas veces los pido.
El general me protege. Mañana me tendrán uste-
des á sus órdenes todo el día, queridos compatrio-
tas...Pero oigan, oigan ustedes á lo lejos las corne-
tas...Es la banda de Berchigny. ¿Qué diría Faraon
si la oyera?

El fingido turco tomó la mano del húsar, y le
dijo sonriendo:

—Dispéñeme usted, compatriota, me parece
que no tiene usted el aire de llamarse Borgoñon
á secas...

—Otra vez hablaremos de esto,—interrumpió
vivamente el húsar.

(Se continuará.)

EDGARDO POE Y SUS OBRAS.

POR

JULIO VERNE.

(Continuacion.)

Guillermo le mandó pasar por el ojo izquierdo
del cráneo el bramante que ligaba el escarabajo,
haciéndole bajar á este aplomado hasta tierra.

Obedeció el negro, y pronto el insecto se ba-
lanceó á pocas pulgadas del suelo.

Guillermo despejó el terreno; hizo llegar el es-
carabajo hasta tierra, y clavó un jaloncito de ma-
dera exactamente en el punto que tocó el insecto.

Sacando en seguida una cinta de su faltrique-
ra, la clavó por un cabo al punto del árbol mas
próximo del jalon, la desenvolvió en la estension
de cincuenta piés, siguiendo la direccion marca-
da por el punto del árbol y el jaloncito.

Entonces clavó otro jalon al extremo de la cin-
ta; hizo de él el centro de un círculo de cuatro
piés de diámetro, y ayudado por Poe y Júpiter,
socavó arduosamente el suelo.

Dos horas hacia que duraba aquel ansioso
trabajo y no se encontraba el menor indicio
de tesoro.

Legrand estaba desconcertado,

Sin decir palabra, Júpiter reunió los útiles, y
aquellos tres hombres volvian á tomar el camino
del Este ó del mar.

Pero apenas habian andado una docena de pa-
sos, cuando Legrand se precipitó sobre Júpiter.

—«Malvado!—gritó haciendo silbar las sílabas
entre sus dientes...—¿Dónde tienes tú el ojo iz-
quierdo?...

El pobre negro señaló con la mano su ojo de-
recho.

—«Lo sospechabal—esclamó Guillermo...—Ea,
aprisal es preciso volver á comenzar!»

Efectivamente, el negro se habia equivocado:
habia hecho pasar el bramante del escarabajo por
el ojo derecho en lugar del izquierdo.

No hubo mas remedio que comenzar la prue-
ba otra vez; el primer jalon tuvo que clavarse va-
rias pulgadas mas al Oeste, y la cinta desarrol-
lada marcó un nuevo punto, separado algunas va-
ras, del sitio cavado anteriormente.

Volviose á trabajar con afan, y pronto apare-
cieron restos de esqueleto, botones de metal, di-
ferentes monedas de plata y oro, y por último, un
cofre de madera de forma oblonga, reforzado con
planchas de hierro forjado. La tapa estaba cerra-
da con dos cerrojos, que Legrand, *con indescripti-
ble ansiedad*, descorrió rápidamente.

Lleno de incalculables tesoros estaba el cofre:
450,000 duros en moneda francesa, española, ale-
mana é inglesa; 110 diamantes; 18 rubíes; 310 es-
meraldas, 21 záfiro y 1 ópalo; una enorme canti-
dad de ornamentos de oro macizo, sortijas, pen-
dientes, cadenas, 85 crucifijos de oro, 5 incensa-
rios, 197 magníficos relojes, en fin, un valor de
millon y medio de duros.

Todas aquellas riquezas se fueron trasportan-
do poco á poco á la cabaña de Legrand.

Poe moria de impaciencia por saber como su
amigo habia venido en conocimiento de aquel
tesoro, y Guillermo se apresuró á referírselo.

El precedente relato no puede dar al lector
mas que una idea imperfecta del génio del nove-
lista. Yo no he podido pintaros la excitacion en-
fermiza de Guillermo durante aquella noche; el
descubrimiento de este tesoro es poco mas ó me-
nos como todos los descubrimientos de este gé-
nero que hayais podido leer: fuera del espectá-
culo del escarabajo y del cráneo, nada ofrece de
nuevo.

Pero llegamos ahora á la parte pintoresca y
singular de la novela, emprendiendo la série de
deducciones que condujeron á Guillermo al des-
cubrimiento del tesoro.

Comenzó por recordar á su amigo aquel tosco
diseño del escarabajo trazado en su primera visi-
ta, y que resultó representar un cráneo humano.

El dibujo estaba trazado en un pedazo de per-
gamino muy delgado.

Véase ahora de que manera y en que circuns-
tancias habia Guillermo recogido aquel perga-

mino... en la punta de la isla cerca de los restos de una barca naufragada, encontró el día mismo en que descubrió el extraño escarabajo, el pergamino con que envolvió el insecto, como lo hubiera hecho con un pedazo cualquiera, sin mirarlo.

Los despojos de aquella catástrofe excitaron su atención, y recordó que el cráneo era el conocido emblema de los piratas.

Tenia ya dos eslabones de una cadena.

Pero si este cráneo no existía en el pergamino en el momento en que Guillermo dibujó el escarabajo, ¿cómo se encontraba después al entregar el papel ó vitela á Poe?

En el momento en que este iba á examinarlo, el perro de Guillermo se echó jugando sobre Poe.

Este al separarlo con la mano, acercó al fuego el pergamino, y el calor de la llama, á consecuencia de una preparación química, hizo renacer el dibujo del cráneo hasta entonces invisible.

Habiendo marchado su amigo, Guillermo examinó otra vez el pergamino, lo sometió á la acción del calor, y vió aparecer en un ángulo de la vitela, en el ángulo diagonalmente opuesto al que tenía trazado el cráneo, una figura que representaba un cabrito.

(Se continuará.)

ANA SEYERIN,

por

Mme. CRAVEN.

(Continuación.)

Abrió la persiana y salió. Enrique Devereux estuvo al punto á su lado; dió su brazo al Marqués y le dirigió hacia una alameda que rodeaba el prado, diciéndole:

—Señor de Villiers, no sé nada de vuestros secretos; pero soy adicto á vuestra causa, y potete decirme la verdad sin temor: acabo de leer en este periódico un artículo, que me inquieta... por ella, añadió después de vacilar un instante y echando una mirada hacia el salón; vale más que ella no lo vea, por lo menos sin que antes me deis la seguridad de que Aubrys está realmente en Escocia y no en otra parte. En ese caso, este artículo sería una fábula y no tendría ninguna importancia.

El Marqués consideró un instante si sería prudente contestar á esta pregunta directa.

—¿Qué dice ese artículo? preguntó por fin.

—Que una veintena de franceses salidos de

Londres, hacia el 25 de Agosto, han desembarcado el 28 ó 29 en las costas de Normandía, dirigiéndose á París con el objeto de sublevar un número de mal contentos suficiente para atacar el primer cónsul en medio de sus tropas;... que han sido denunciados y perseguidos, y que por fin, á estas horas, están todos reducidos á prisión, de donde no se duda que serán enviados al cadalso. Entre sus nombres se encuentra el de Aubrys, designado hasta especialmente como «el hermano del que fué muerto en la Vendée.»

El Marqués había reflexionado que nada le impedía confiarse á la lealtad de Enrique Devereux; y entonces dijo sin titubear en manera alguna:

—La expedición se ha efectuado, y Aubrys formaba parte de ella.

Hubo un largo silencio. Preocupados con el mismo pensamiento, anduvieron hasta el fin de la alameda, y empezaron á volver al sitio de donde habían salido, callando ambos y sin notar uno el silencio del otro.

El Marqués dijo por último:

—Lo mejor que se puede hacer por ahora es impedir que el periódico caiga *en sus manos*. Quizás esta noticia sea falsa: en todo caso mañana sabré á qué atenerme.

Se apretaron las manos y volvieron á pasos lentos hacia la casa.

Al acercarse percibieron en la puerta del salón á Luisa y á Carlota, que también habían salido para contemplar la luna y las estrellas, que brillaban en un cielo sin nubes. El aire era tibio y agradable, como raramente sucede en los climas del Norte. Los árboles inmóviles proyectaban sobre el prado su grande sombra, más allá de la cual la luna derramaba una luz tan viva que se habrían podido contar las pequeñas margaritas de que estaba esmaltado el césped. Era una de esas noches, que, más que todos los rayos del sol, hacen penetrar en el alma una promesa dulce y segura de felicidad; y el alma que la comprende y en ella confía, cree y espera algo más verdadero, que todo lo que se llama verdad en este mundo; solo que á veces se engaña respecto á la estension de esta promesa y sobre el día de su cumplimiento, y aplica á las cosas pasajeras lo que atañe á las cosas infinitas; pero en suma, el alma no se equivoca en tales casos, sino porque espera demasiado pronto, y demasiado poco.

Así es como en aquel momento ¡ay! se engañaba la pobre Carlota; la cual, con la cabeza erguida, los cabellos flotantes y los ojos fijos en el

cielo, sentíase conmovida y transportada. La hermosura de la noche, el aire embalsamado, las estrellas, las flores, el mundo entero le parecían reflejar la alegría serena de que su corazón estaba lleno. Su madre la había seguido para echarle sobre la cabeza un ligero chal blanco, que bajaba en anchos pliegues hasta el suelo; y en aquella posición, así vestida é iluminada, tenía tal semejanza con una aparición angélica, que los dos hombres al salir de la sombra del jardín se detuvieron á pocos pasos de ella, heridos por un mismo sentimiento: era este sentimiento el de una admiración apasionada, unida en aquel instante á una compasión desgarradora.

Los ojos del más joven se llenaron de lágrimas. El otro estaba menos enternecido, pero más conmovido quizás, y más profundamente turbado: ambos permanecieron así algunos momentos, inmóviles, mirando á Carlota y sin atreverse á decirle una palabra.

¡Pobre niña!... Está bien que la dejen contemplar, admirar, vivir y gozar de esta hora que le queda; pues una vez pasada esa hora, nada en el mundo le proporcionará otra parecida, y este instante quedará grabado para siempre en su memoria, como aquel en que recibía del amor y de la dicha la última sonrisa y el último adiós.

IV.

El Marqués de Villiers, después de haberse despedido de su prima una hora más temprano que de costumbre, dirigióse á largos pasos hácia su morada, cuando al llegar delante de la verja del parque para atravesarlo, reparó en que no eran más que las diez. Entonces ocurriósele la idea de que tal vez tendría tiempo de ir á informarse en seguida de la exactitud de lo que acababa de saber: para esto era necesario ir á una calle situada al extremo de Pall Mall. Allí estaba la casa que ya conocemos, casa habitada solamente por franceses; la cual, aunque no fuese un centro reconocido de reunión, era al menos donde á todas horas podían saberse las noticias que interesaban al partido á que todos pertenecían. El rodeo era largo, y el Marqués titubeó un instante antes de cambiar de rumbo, cuando un hombre que venía del parque pasó aceleradamente cerca de él. El Marqués reparó que aquel hombre le miraba como queriendo reconocerle, y le miró á su vez; pero la sombra los envolvía, y el transeunte continuó su camino. Le siguió un instante con la vista, y después, decidiéndose á eje-

cutar su proyecto, atravesó la calle y tomó la dirección de Pall Mall, andando muy de prisa: la luna alumbraba por aquel lado la calle como si fuera de día. De pronto, le pareció advertir que alguien le seguía; pues oyó detrás de sí en la acera el ruido de pasos que al parecer iban exactamente acompasados con los suyos. Sin pararse, redobló la atención para ver si sus sospechas eran fundadas: acertó la marcha, y los pasos se acertaron; se puso á andar muy de prisa, y el de detrás hizo lo mismo: entonces, parándose de golpe, se volvió bruscamente.

(Traducción de E. Orellana.)

(Se continuará.)

JARDINERÍA DE SALÓN.

(Continuación.)

LUZ.

La luz es otro elemento que necesitan tanto como el calor, si se quiere que los matices de las flores sean tan vivos y hermosos como las cultivadas en los campos ó en los invernaderos.

No temas, pues, amable lectora, desarreglar, si es preciso, la simetría del mueblaje, para que las plantas de tu jardincito reciban la mayor cantidad de luz posible, pues un rayo de sol de invierno las vivifica, da nuevo vigor á su savia, y las hace más lozanas.

Aunque no reciban los rayos del sol, es bueno para ellas el ambiente iluminado por la luz del día, pues á lo menos reciben aire soleado, que les sirve de paliativo.

En Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania del Norte y aun Francia, países en que la jardinería de salón está muy en boga entre las damas de más gusto, verías, lectora mía, que todas las personas que tienen flores en la habitación (y pocas son las que no las tienen) las colocan en floreros ó estanterías pintadas de verde, lo cual da á calles enteras una apariencia de exposición floral.

Calles hay en Bruselas, donde nada más que paseándote por ellas y mirando á las ventanas á derecha é izquierda, podrías seguir todo un curso de jardinería y de botánica.

Es un ejemplo que debiera imitarse, sea cual fuere el género de plantas de adorno que te propongas cultivar, sin salir de tus aposentos.

¿Cómo no, si en nuestra España, lo mismo que en todos los países más benignos que aquellos, es infinito el número de flores y plantas que se

pueden cultivar con mas buenos resultados?

No hay en verdad comparacion, entre la hermosura y gallardía de las plantas que pueden crecer aquí, y la vida delicada de las que vegetan en aquellos países mas inclementes.

En España, sin cuidado casi, se puede lograr muchísimo mas que lo que consiguen en dichos países á fuerza de afanes, cuidados y atenciones.

(Se continuará.)

CIENCIA FAMILIAR.

LLUVIA Y BUEN TIEMPO.

POR

ARTURO MANGIN.

(Continuacion.)

Merced al mismo fenómeno, en este salon, el aire caliente que se ha extendido en capas en la parte superior de la habitacion, sale por arriba, empujado ó compelido por el aire frio, que al abrir la puerta ha penetrado por abajo, por ser mas pesado que aquel.

—Su experimento de usted, ó mejor dicho, de Franklin, es tan ingenioso como instructivo; pero por favor, cierre usted la puerta... Entra un viento que hiela.

—No le acuse usted por el'o, señora, puesto que en la comedia meteorológica que acabo de tener el honor de representar delante de usted, ese viento de la puerta desempeña el papel de la corriente polar. La otra, que podemos llamar el viento de la chimenea, representa la corriente ecuatorial; y este experimento es, en muy pequeña escala, la reproduccion exacta de lo que pasa en el polo terrestre entre los polos y el ecuador.

—¿Está V. bien seguro? A mí me parece, ¡pobre de mí, ignorante! que debe haber diferencias bastante notorias entre el pequeño fenómeno observado por Franklin y el gran fenómeno de la naturaleza. De otra suerte, el cambio de aire frio con el caliente entre la zona tórrida y la zona glacial, que se efectua siempre con perfecta regularidad, no dejaría al tiempo los caprichos que á veces engañan todas las previsiones y pronósticos de los sábios.

—Hace usted bien en creer que entre el fenómeno minúsculo que se representa en este salon y la circulacion inmensa de la atmósfera, hay diferencias. Las hay en efecto; pero son diferencias de detalle que si nos parecen considerables es por

la razon de que se verifican en grande escala.

Cerca del ecuador los movimientos de la atmósfera guardan una regularidad completa, y las estaciones se reproducen allí con la exactitud de un mecanismo de relojería. Tan solo los récios huracanes, los terribles *ciclones*, turban de vez en cuando, pero de una manera momentánea, la espresada regularidad ó exactitud; y aun así, esas violentas perturbaciones están á su vez sometidas á leyes que se han podido determinar en cierto grado.

—¿Pues como no gozamos en este país de tan perfecta regularidad?

—Aquí estamos en la zona templada, es decir, nos hallamos en mitad del camino que siguen las corrientes contrarias, y habiéndose en esta latitud enfriado la una y calentado la otra, vacilan las dos, se mezclan, se cruzan, haciéndose mas sensibles á las influencias secundarias que constituyen los diversos climas y que hacen del nuestro el mas caprichoso, variable é indeciso que se pueda ver.

—Comprendo lo que usted dice, y no puedo negar la eficacia de tales influencias.

—En algunos países estas influencias se dejan sentir de una manera mas notable. Quizás ha oido usted afirmar que en Egipto, por ejemplo, no llueve una sola vez en el espacio de cuarenta años. El Egipto forma parte de uno de los *distritos sin lluvia*, que son en Africa la region sahariense, y en Asia austral, el gran desierto de Gobi.

La sequedad de la atmósfera en aquellos desiertos de arena, se esplica por la sequedad del suelo y el calor que reina allí. El aire que llega, seco ya, á tales parajes, no encuentra vapores que absorber y hasta el aire húmedo no puede hacer otra cosa que secarse.

La América tropical tiene tambien un distrito sin lluvia, aunque mucho mas reducido. En el Perú, al lado de las regiones donde llueve casi todo el año, hay otras donde jamás llueve, y que, sin embargo, producen una vegetacion lujurriante, y es que en ellas reina durante buena parte del año (de julio á noviembre) una niebla continua que moja la tierra á manera de rocío.

Pero hasta aquí, señora, no le he dado á conocer mas que la causa generadora de los principales movimientos de la atmósfera, ó sea el calor permanente del aire en el ecuador. Si esta causa fuese sola, las corrientes principales, la ecuatorial y la polar, tendrían una direccion

constante de sud á norte y de norte á sud (no considerando ahora para mas sencillez sino el hemisferio boreal); pero una causa poderosa, mecánica, modifica esa doble direccion.

El nuevo elemento mecánico de que voy á hablar es la rotacion terrestre, que se efectua, como usted comprende, de oeste á este, con una rapidez creciente del polo, donde la velocidad es nula, al ecuador, donde alcanza el máximo.

En virtud de esa rotacion de que participa la atmósfera, como todos los cuerpos puestos en la superficie del globo y sometidos á su atraccion, el aire frio de la region polar se siente atraído de norte á sud por el tiraje de la estufa ecuatorial, y arrastrada de oriente á occidente por el movimiento de la tierra.

Si ambos movimientos fuesen iguales y constantes, la corriente tendria, en virtud de la ley de la resultante de las fuerzas, una direccion intermediaria y una velocidad media. Mas la velocidad de rotacion que tiene al salir de la region polar es débil,

y no aumenta por el camino, en tanto que la atraccion hácia el ecuador se hace cada vez mas energética.

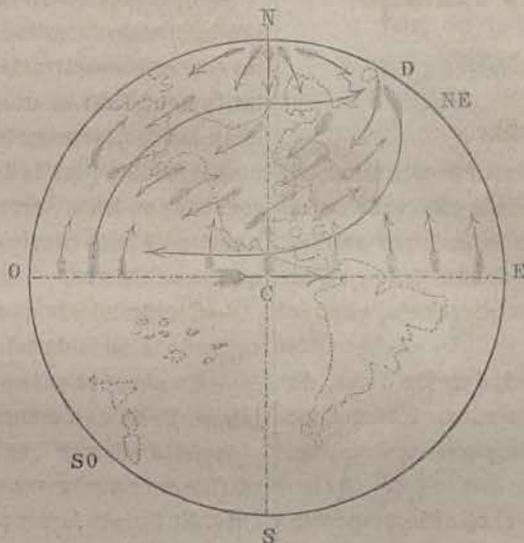
De consiguiente, avanzando hácia el sud la corriente polar, alcanza pronto un punto en que la celeridad de rotacion de la tierra es superior á la suya. Y entonces ya no se dirige de norte á oeste, sino de noreste á sudoeste, y acaba por correr de este á oeste.

Un fenómeno opuesto se efectua entre tanto con la corriente ecuatorial, que en su punto de partida está animado por una velocidad considerable, y que en su trayecto de sud á norte conserva gran parte de esa celeridad, mientras que la de la masa terrestre va debilitándose. En cuanto á esta corriente la desviacion es tal, que su direccion final es de sudoeste á noreste... No sé,

señora, si me esplico de modo que usted me comprenda...

—Me parece que le comprendo...

—En todo caso mejor me entenderá usted por medio de una figura que voy á dibujar en el papel. Mire usted: este círculo representa la tierra. N es el polo norte, OE el ecuador. S el polo sud. El globo gira de O á E. La corriente polar va originariamente de N á OE; pero al acercarse al ecuador toma la direccion DO (N. E. á S. O.) La corriente ecuatorial va al principio de OE á N; mas al acercarse al polo toma la direccion OD (S. O. á N. E.) La primera corriente es superficial y se la designa con el nombre de alisio del N. E. La segunda es una corriente superior y se la llama contra alisio del SO.



Carta de las corrientes aéreas.

De esta suerte los alisios soplan en el hemisferio boreal de noroeste á sudoeste, y en el hemisferio austral de sudoeste á noroeste; los contra-alisios se dirigen de sudoeste á noroeste en esta parte del ecuador y de noroeste á

sudoeste en el otro lado.

Tales son los cuatro vientos generales, los cuatro grandes rios, ó por mejor decir, las masas movedizas que recorren nuestra atmósfera.

(Se continuará.)

SECRETOS DE TOCADOR.

ACEITE PARA IMPEDIR QUE SE VUELVA RANCA NINGUNA POMADA.

Pónganse en el baño maría 6 gramos de benjuí, y otros 6 de bálsamo de Tolu, todo en polvo, por cada 200 gramos de médula de vaca, ó de aceite; remuévase con frecuencia con una espátula de madera. Déjese hervir dos horas, luego se filtra con un lienzo y se conserva para todas las pomadas de tocador.

Derechos reservados.

EDITOR, SALVADOR MANERO.

SUSCRICION Y VENTA, LEGNA, 13. ADMINISTRACION, LAURIA, 82, BARCELONA.

Imp. de Manero.